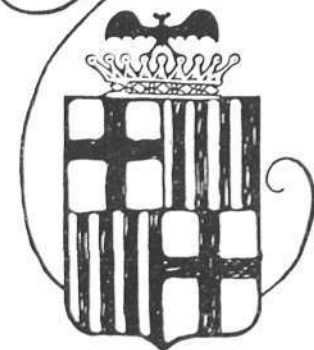


Después de rápido paso por la corte, y de un viaje en ferrocarril que me hace pensar, con envidia profética, en los que burlarán a los calores del futuro viajando en aeroplano, llego una tórrida noche a Barcelona, la ilustre y hacendosa ciudad, raíz de mi sangre y objeto siempre para mí de estimación y simpatía, que acrecentaban mi deseo de verla.

Cierto es que la ocasión es la menos propicia para conocer a fondo aquella parte del conjunto social donde están mis relaciones y mis semejanzas. Aquí, como en Madrid, el rigor del verano mantiene fuera de la ciudad a la mayor parte de la gente de letras. Encuentro, sin embargo, entre otros de los mejores, a Rafael Vehils, que, con cariñosa solícitud, se afana por hacer doblemente interesantes y gratos los breves días que paso en Barcelona. Vehils prepara aquí, acompañado desde su cátedra de Oviedo por Rafael Altamira, una publicación de la mayor oportunidad e interés: una revista de estudios internacionales, donde, anticipándose a la solución del actual conflicto europeo, con las transformaciones que probablemente determinará y el nuevo orden que ha de resultar de él, se tenderá a señalar un ideal de política exterior para España, una dirección consciente y sistemática de sus relaciones con el resto del mundo, incluyendo como parte preferente de ellas las que se refieren a los pueblos hispanoamericanos.

Mientras llega la hora de marchar orientado por tan selecto guía, quiero, confiándome al soplo de la casualidad, conocer callejeramente a Barcelona. Salgo, pues, a la calle, y recibo la impresión de haber pasado una frontera internacional. Viniedo de las tierras de la opuesta parte del Ebro, notáis, a la primera ojeadá, que el ambiente es otro; que al deslinde geográfico corresponde, en la conciencia social, un cambio de clima. Falta la gracia singular de Madrid, y falta también lo que forma, en la villa y corte española, el reverso, un poco chocante, de esa gracia local. Hay carteles de toros; pero el torero, con sus innumerables variedades, complementos y adherencias, es aquí tipo inadaptado y fugaz, o tiene el buen gusto de quedarse en los alrededores de la plaza. El pueblo luce, en lo pintoresco y en lo anímico, su carácter propio. La barretina, «la milenaria barretina» de que habla Prat de la Riva en un libro célebre, salpica de rojo las ramblas y las calles. Ese color está en su medio. Rojo es aquí el tono de las almas, rojo el reflejo de la fragua espiritual. Sigo del fondo me indica el paso de la muchedumbre; pero, como veréis, no sin fruto provechoso. He aquí que descubro mi apellido en la muestra de una casa de comercio, y por vez primera aprendo a pronunciarlo bien... Parece ser, según me explica concienzuda y prolijamente mi homónimo, que, en buena prosodia de esta lengua, la primera o no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participaría de la o y de la u. Agradezco la revelación de mi homónimo, y pienso cuán cierto es que cada hora trae su enseñanza. Andando, andando, pro-

## En Barcelona



veo mi cesta de observador. El aire y la expresión de la gente que pasa son como de quien va al trabajo o piensa en él. El obrero marcha con la frente alta. La belleza de las mujeres es del linaje que incluye plásticos himnos de vitalidad, promesas gratas al genio de la especie. Un frente de casa acribillado de señales de bala, allá en el barrio del puerto, trae a mi memoria que ese género de granizo suele cuajar en este clima borrascoso. Allá también veo, bruscamente erguida sobre el mar, la adusta mole del Montjuich, con su famoso castillo, y comparece en mi recuerdo la imagen del infortunado y mediocre agitador a quien tan deplorable torpeza política dió universal aureola de mártir y consagraciones que ya se han perpetuado, por ahí afuera, en bronce de estatua. Me dirijo a lugar más apacible. La «Rambla de las Flores», donde se las vende en graciosa feria matinal, me habla del delicado instinto del pueblo que da vida diariamente a ese comercio sin significación utilitaria. Paso ante dos o tres escaparates atestados de libros franceses, y se me ocurre relacionar con este dato de la calle la explicación de algunas de las características de esta cultura. Me siento ufano de criollismo cuando veo que la más universal creación sudamericana ha trascendido a un rótulo de la Rambla del Centro: el *Cabaret Tanga*.

Frente a la hermosa estatua de Colón, en la Plaza de la Paz, escucho el razonar de un joven estudiante, que enseña la estatua a un forastero, y le dice:

—Inmensa es la gloria de Colón, e indiscutible la belleza de este monumento; pero nunca se presentará mejor ocasión de recordar el *non erat hic locus* de Horacio. Si hay un principio de oportunidad, una razón de congruencia histórica, que determine el lugar de los monumentos, Colón no debiera estar aquí. Su estatua quedaría mejor en cualquier otra de las ciudades de España. Cierto es que aquí desembarcó, trayendo en la mano el orbe de oro que puso en las de Isabel y Fernando; pero, en la parte referente a nosotros, ¿representó esto un beneficio? El espléndido obsequio de Colón fué de gloria para la humani-

dad, de gloria y grandeza para España; para Cataluña fué el triste presente de la decadencia. A Cataluña la hirió, si no en el corazón, en las vísceras del vientre. Eramos árbitros del Mediterráneo; el Mediterráneo era la vía del intercambio universal. Compartíamos con las ciudades italianas, con Venecia, con Génova, el dominio de las rutas que llevaban fuera de Europa. Todo esto desapareció desde que fué transportado al Atlántico el eje comercial del mundo; nos hundimos en la despoblación y la pobreza, y se necesitaron no menos de dos siglos para que iniciáramos nuestro renacimiento. ¿Tiene sentido histórico la estatua de Colón en una plaza de Barcelona? Queda sólo la consideración de que fué aquí donde tocó tierra de regreso e hizo a los reyes de Castilla entrega de su mundo.

Al día siguiente, visitando el Archivo de la Corona de Aragón, que ocupa el viejo palacio de los condes de Barcelona (y que es, por cierto, un dechado de organización, de orden y limpieza, donde hasta el más mínimo grano de polvo parece desterrado por el soplo de invisibles y oficiosos gnomos) me refería el director, a propósito de Colón y su desembarco, una singularidad interesante. Me refería que, revisando una por una las crónicas del siglo xv que se custodian en ese rico depósito, y en muchas de las cuales están consignados con monacal prolijidad los hechos de cada día, no ha encontrado en ninguna de ellas la más insignificante alusión a la llegada del descubridor a Barcelona. Este silencio sería suficientemente extraño para motivar cierta inquietud en cuanto a la autenticidad de un hecho tenido hasta hoy por de tan inconcusa certidumbre, si no existiera, en concepto de quien esto me decía, una posible, quizá probable, explicación: el designio puramente local de los cronistas catalanes se habría negado a considerar como acontecimiento propio de los anales de su gente el arribo de un navegante genovés que venía de ganar nuevas tierras para la corona de Castilla.

Continúo mis excursiones callejeras. Los barceloneses me hablan con orgullo del *Ensanche*, que es el barrio moderno; de sus majestuosas avenidas y sus frentes de mármol, y se afanan porque le conozca y admire. Nada más justificado que ese orgullo. Pero no sé si llego a hacerles comprender del todo que a un americano de la parte más nueva de América (y, añádate, por temperamento personal un poco nostálgico e idealizador de lo que queda atrás en el tiempo), debe interesarle mucho más que todo aquel alarde de espléndida modernidad, la Barcelona que han dejado los siglos; la de las calles estrechas y tortuosas, por donde no pasan tranvías ni automóviles; la que evoca el recuerdo, ya del balcón del trovador, ya del sosiego del convento; la de la Casa Consistorial, y la Audiencia, y la «Sala de Contrataciones» de la Lonja; la de esa característica plazuela de la Catedral, que, con Rafael Vehils, recorrimos una tarde en que, a la verdad, me creí transportado por encanto a los días

de Roger de Flor y de los condes en guerra con turcos y con moros. Dentro del admirable templo me trasmittía Vehils una expresión que recogió de labios de Rodín, acompañando al gran escultor a visitar esa joya de vetusta piedra: «El incommunicable secreto del arte gótico consiste en saber modular la luz y la sombra.»

Soberbia y bella es ¿quién lo duda? la Barcelona moderna. Mirando de la altura del Vallvidrera o el Tibidabo, donde solía ir por las tardes, dominase, en vasto panorama, la tendida metrópoli, y aparecen en conjunto la magnitud de su desenvolvimiento y la magnificencia de su edificación, en que profusas luces resplenden a la caída de las sombras, como un inmenso asalto de cocuyos. De las dos ciudades que pueden disputarle el principado del Mediterráneo y que he visto después: Marsella y Génova, la provenzal me pareció más populosa y activa; la ligur, de más típica originalidad; pero Barcelona es más pulcra, más primorosa, más «compuesta». Confieso, sin embargo, que lo que preferentemente ha cautivado mi atención en la moderna Barcelona, no es la arrogancia monumental, ni los esplendores de la calle, sino aquellas cosas, de modesta apariencia, que dan testimonio de la actividad espiritual de las generaciones vivas.

Así, por ejemplo, el «Instituto de Estudios Catalanes». Guardo de mi visita a este centro de cultura la más grata y duradera impresión. Empiezo por admirar en él la copiosa colección cervantina, la primera del mundo, rica de ediciones primitivas, de ejemplares únicos o raros, y primeros de imprenta y encuadernación, de esos que son golosina del bibliófilo. Renuévo, ante las láminas de las traducciones del «Quijote» una observación que ya tenía hecha: la curiosa transfiguración, o si queréis, los cambios de patria de la fisonomía del hidalgo inmortal, al recibir de cada interpretación del lápiz el tipo étnico del país a que el dibujante pertenece, de manera que veis sucesivamente el Quijote inglés, el francés, el italiano, el tudesco, y hasta el vascongado y el nipón, todo dentro de la unidad impuesta por el carácter esencial de la figura. Paso después a la Biblioteca, abierta al público. Apesar de un día como no los he experimentado en las costas brasileras, y de una sala muy mal defendida del calor, rebosa ésta de lectores: excelente indicio. Pero la parte más interesante de la institución es aquella en que se realiza, por medio de una sabia organización de estudios, obra intelectual relacionada siempre con los destinos y el interés de Cataluña. Este es un taller de trabajo sincero, sano, abnegado, que yo señalaría a la emulación de la juventud de nuestra América. A todo preside un sentimiento augusto: el sentimiento de la patria, de la patria natural, de la «patria chica», que, en este pueblo, veo que es la que verdaderamente toca a lo íntimo del corazón. Un joven de la primera nobleza catalana, el marqués de Montoliú, trocando sus títulos heráldicos por los del esfuerzo personal y fecundo, emplea aquí la vida en una meritisima labor de filólogo: acumula, pule, relaciona las piedras

que un día servirán para erigir el gran léxico de su lengua. Estrecho con leal aprecio la mano de este fuerte trabajador, y tratándose de filología, me complazco en recordar con él la gloria de nuestro gran colombiano Rufino José Cuervo.

En contigua división se prepara el mapa normal de las cuatro provincias catalanas. Luego, manos cuidadosas ordenan pergaminos y papeles con que la contribución de los particulares ha acrecentado este acervo de la cosecha común. Más allá, en la sección de arqueología, me muestran prehistóricos cacharros, algunos de los cuales (curioso caso de conservación) tienen, según me dicen, la exacta calidad y figura de los que, después de tiempo infinito y sucesivas oleadas de pueblos, es uso fabricar todavía en los lugares donde se les ha exhumado. Acullá un médico joven se ocupa en el estudio de las fiebres palúdicas que infestan ciertas partes de la región. Vasto, admirable taller, que es suficiente por sí solo para juzgar cuánto de inteligencia, de tenacidad y de entusiasmo atesora, bajo sus rudos aspectos, el alma de esta raza viril.

Barcelona es *fachudosa*, ha dicho Unamuno. Mi observación de pasajero no confirma la exactitud de ese juicio, en cuanto él pueda tener de negativo para la solidez e intensidad de su cultura. Cierto es que estas gentes cuidan la fachada, y no me parece que hagan mal; pero, detrás de la fachada, veo yo, en la casa de los catalanes, el fondo: veo una artística sala, una copiosa biblioteca, un comfortable comedor, unos frondosos y bien cultivados jardines. Veo, en suma, aquella entidad que es la raíz de todas las grandezas y el secreto de todos los triunfos: la energía. Y esta energía aparece lo mismo en la forma que se manifiesta por la voluntad, como en la que toma la pendiente de la imaginación. Junto a un visible carácter positivo, calculador, utilitario (no olvidemos que es aquí, en Barcelona, donde fué vencido Don Quijote): junto al poderoso aliento de trabajo que lanza al cielo el humo de las fábricas de Sans, de Sabadell y de Tarrasa, vese persistir el instinto de arte que un día hizo de este pueblo el propagador, por el mundo, de un ideal de refinada y caballerescas poesía. Mustio está el rosal de los Juegos Florales, y ya no da rosas sino en ambiente de invernáculo; pero la savia que antaño hizo florecer los «serventesios» y los «days d'amor» se revela por lo que verdaderamente vive: por la espontánea vocación del genio popular, con sus famosos orfeones de obreros; por la producción independiente y noble de un grupo de artistas y escritores que, a la hora

actual, hay que contar, sobre toda duda, entre los más fuertes de España. Y es la ocasión de señalar otro carácter de la fuerza, otra manifestación de la energía, que observáis tanto en las altas tendencias de la cultura como en la manera de arreglar un jardín o en el diseño de un farol del alumbrado: el anhelo de la originalidad, la aspiración a producir algo propio.

No diré que esta aspiración no lleve con frecuencia a discutibles extremos. Unos con la sana intención de admiraros, otra con la de desconcertaros y haceros participar de su protesta, os llevan a ver espécimenes de novedad arquitectónica y decorativa, de ultra-modernismo plástico, como el Templo de la Sagrada Familia, en construcción; la casa que en una de las ramblas más céntricas ocupa el Consulado Argentino, y la sala de conciertos del «Orfeo Catalán». Todo ello equivale a la impresión de un choque violento para quien está educado en el gusto de la línea pura y se confirma cada día en el amor de la severa y divina sencillez; pero aún así, se impone en tales tentativas un fondo interesante, si se las toma en su condición de una busca fuera de lo usado, de un olfateo que alguna vez puede ser leonino e indicar que la garra está tendida y que la presa de verdad anda cerca.

Toda esa suma de energía que el ambiente pone ante los ojos se concentra y resuelve en una idea, en un sentimiento inspirador: la idea de que Cataluña es la patria, la patria verdadera y gloriosa, y el orgullo de pertenecerle. *Civis romanus sum!* Y esto, que es el más íntimo fondo, trasciende y bulle en la superficie con un fervor de fuente termal. No hay quien, con alguna facultad de observación, pase por medio de estas gentes y no perciba, a la primera mirada, el hecho de un impulso interior que las levanta y estimula; de una personalidad común que adquiere cada día conciencia más clara de sí, noción más firme y altiva de sus capacidades y destinos. Cualquiera que haya de ser el final resultado de esta inquietud espiritual, nadie puede desconocer que un sentimiento colectivo de intensidad semejante, es una fuerza, y una fuerza que no es probable que acabe en el vacío. Las trascendencias políticas de tal exaltación de amor patrio son, necesariamente, muy hondas. Hasta ayer se hablaba de «regionalismos». Hoy se habla a boca llena de «nacionalidad». Justo es agregar que, en los más reflexivos y sensatos, esto se interpreta de modo que no importa propósitos de separación absoluta. ¿Y no hay ya quien ha lanzado a los vientos la idea del «imperialismo catalán»: del imperialismo en el sentido de la penetración y la dominación pacífica de España por el espíritu director de una Cataluña que asumiese la férula del magisterio y el timón de la hegemonía?

Todo ello plantea, para el porvenir de la comunidad española, problemas de la más seria entidad. Y de todo ello, que no podría explicarse en pocas palabras, he de hablar en un artículo próximo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Agosto, 1916.

